

so del corazón; allí dice que *tiene sus delicias con nosotros* (1). Mirémosle, pues, con los ojos de la fe, regalémonos con Él y no nos cansemos de decirle que le amamos entrañablemente, que deseamos con ansia de enamorados que se rasgue el velo que nos le oculta, que se rompan pronto las ataduras de este cuerpo (2) para verle cara á cara en el cielo (3) y alabarle con los ángeles y los santos y gozar de sus abrazos amorosísimos por siglos eternos.

(1) Prov., VIII, 31.  
(2) Philipp., I, 23.

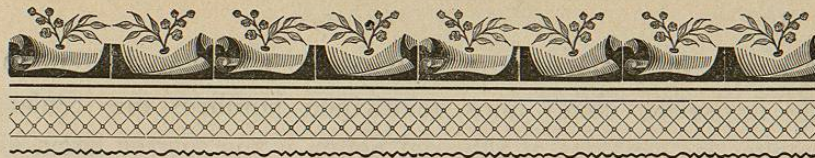
(3) I. Corinth., XIII, 12; Psal. XLI, 3.



## RECTITUD DE INTENCIÓN

---





## RECTITUD DE INTENCIÓN

---



**A**l Señor tu Dios adorarás, y á Él sólo servirás (1). Veis aquí resumido en dos palabras el fin del hombre en esta vida: Amar y servir á Dios. Nosotros le amamos y servimos por su infinita misericordia; para ello nos ejercitamos todos los días en obras buenas y santas, en el trabajo y en la oración, frecuentamos los santos Sacramentos, practicamos obras de caridad y de misericordia con nuestros prójimos; en fin, procuramos emplear provechosamente el tiempo, porque sabemos que la ociosidad es un manantial inagotable de pecados (2). Pero, ¿osaríamos afirmar que con todas estas obras buenas que hacemos, amamos y servimos á solo Dios?, ¿ó nos buscamos á nosotros mismos, haciéndolas por seguir nuestra inclinación, ó por ser estimados y aplaudidos de los hombres? ¿Puede decirse de nosotros lo que leemos en el capítulo octavo de la profecía de Ezequiel? Dícese allí

---

(1) Deut., VI, 13; Josue, XXIV, 23.

(2) Eccli., XXXIII, 29; Ezech., XVI, 49; Prov., XII, 11.



que vió este profeta, entre el vestíbulo y el altar del templo de Jerusalén, como unos veinticinco hombres que tenían vueltas las espaldas al altar del Señor y sus rostros hacia el Oriente, adorando al sol que nacía y á otros idolillos que ellos habían pintado en las paredes del templo; y á pesar de ello, se gloriaban de ser adoradores del verdadero Dios (1).

Hermanas mías: yo no diré que haya entre nosotros quien se atreva á dar las espaldas á Dios viviendo en pecado mortal; pero quizá en las mismas obras buenas que hacemos nos volvemos de lado, y le miramos al soslayo y ponemos los ojos de nuestra intención en ciertos idolillos fabricados por nuestro amor propio, que usurpan todo el mérito á nuestras obras. Desgracia sería ésta muy de lamentar. Porque, hermanas mías, es incomprendible cómo, ocupándonos todos los días en cosas santas, no somos santos. ¿En qué consistirá esto? Sin duda en que nuestras obras adolecerán de algún defecto; porque las faltará la «rectitud de intención», que constituye como el alma y la vida de las mismas.

Veis aquí la necesidad de dirigir á Dios todas nuestras obras, si deseamos que nos sean meritorias de vida eterna. Esto voy á explicaros brevemente.

Antes de hablar de la rectitud y pureza de intención que debe informar todas nuestras obras, conviene advertir que, para ejercitarse el alma en esta virtud, debe arrancar de su corazón, entre otros impedimentos, el que lo es de toda obra buena y meritoria, es decir, la propia voluntad, porque si no mortifica el amor propio, no podrá dar un paso en este camino de perfección. Lo uno, porque hallará gran dificultad en hacer las obras por sólo la voluntad de Dios, quien tiene

(1) Ezech., VIII, 16.

su propia voluntad en pie, resistiendo á la divina; y aunque una ú otra obra haga por amor de Dios, hará mil por amor propio. Lo otro, porque aunque quiera hacer la voluntad de Dios, no acertará con efecto á hacerla, por la gran sutileza del amor propio, que pinta las cosas como quiere, mirando siempre á su comodidad, y nos persuadirá ser muchas cosas del servicio de Dios, que estarán muy lejos de serlo. De modo, que aunque la mortificación y renuncia de la propia voluntad no tuviera otro provecho que el de librar al alma de impedimentos y nieblas para conocer la verdad y hacer las cosas por sólo amor de Dios y por cumplir su voluntad justísima, santísima y provechosísima á nosotros, todos los esfuerzos y sacrificios hechos para lograrlo deberíamos dar por bien empleados (1).

*Definición.* Tomando esto en cuenta, empecemos por la definición. Entendemos por rectitud de intención, «un acto de la voluntad con el cual dirigimos todas nuestras obras á un fin sobrenatural, á mayor honra y gloria de Dios» (2). Y así, si practicamos alguna obra por redimir nuestros pecados, pongo por caso, y librarnos de las penas del purgatorio, ya enderezamos esta obra á gloria de Dios. Lo mismo acontece si la hacemos por aumentar merecimientos en esta vida y gloria en la otra, porque sobrenaturales son ambos fines. Pero será mucho más excelente y meritoria nuestra intención, si obramos exclusivamente por Dios, por cumplir su voluntad, porque es infinitamente bueno, y esto debemos procurar en lo posible.

Instruyendo San Pablo á su discípulo Timoteo acerca de lo que debía practicar y del modo de hacerlo para lograr la corona de la gloria, le advierte que sólo merecerá esta coro-

(1) Nieremberg. Vida divina, cap. 18.

(2) I. Corinth., X, 31; Rom., XVI, 27; Apocal., V, 13; Coloss., III, 17.